

Stefan Peters: Rentengesellschaften. Der lateinamerikanische (Neo-)Extractivismus im transregionalen Vergleich. Baden-Baden: Nomos 2019 (Studien zu Lateinamerika, 34). 579 páginas.

En septiembre de 2020, en el fascículo de “Negocios”, “El país” de Madrid tituló “Guyana: el último milagro petrolero” un gran artículo sobre este país del noreste del subcontinente, conocido como un país pobre agrícola donde, en los últimos cuatro años, el crudo pasó de no tener ninguna relevancia a suponer el 40 % del PIB. Según datos recogidos en el artículo, Guyana puede llegar a ser el último país a verificar las tesis que se desprenden del gran estudio sobre las sociedades rentista que el catedrático y director científico del Instituto Colombo-Alemán para la Paz (CAPAZ), Stefan Peters publicó en 2019.

Su trabajo sobre las sociedades rentista se divide en una parte teórica y una empírica, ambas elaboradas con el objetivo de demostrar la necesidad de reformular la teoría tradicional sobre la renta como propio esquema económico; la discusión de los enfoques teóricos existentes revela las deficiencias que, a su vez, las extensas indagaciones empíricas pretenden demostrar como tales sobre los cuatro países escogidos, entre los que ninguno se explica lo suficientemente riguroso aplicándoles la teoría tradicional.

En la parte teórica, se aclaran los términos, presentados en pos de su uso operativo en una tabla al final de la misma, seguido por un recorrido de las principales teorías socio-económicas sobre el papel de la renta desde Carlos Marx. Luego se reúnen unas estadísticas sucintamente presentadas y comentadas acerca de las rentas y las materias prima, de la dependencia de la estructura exportadora de las materias prima y, por último, de la evolución de varios índices que miden la riqueza, resp. la pobreza y el reparto del patrimonio en países, que fueron elegidos según su importancia como surtidores de materias prima a nivel global. El petróleo es una de las materias prima por excelencia para desenvolver de manera paradigmática la dinámica de las sociedades rentista. El núcleo de la parte empírica lo constituye Venezuela que será comparada con Angola, Ecuador y Kuwait. Un gran beneficio del estudio es la presentación de los datos recogidos, de las tablas elaboradas y de la extensa bibliografía por lo que supone un sustentado aporte científico.

Un papel crucial desempeñan los conceptos del extractivismo y neoextractivismo que Peters despliega a partir de los trabajos de Eduardo Gudynas. Apoyados en el fuerte incremento del nivel de los precios de las materias prima al principio de este siglo, algunos gobiernos izquierdistas de Estados tradicionalmente Rentista reivindicaron un neoextractivismo con corte socialista gravando la explotación de las materias prima significativamente más alto a favor del Estado, o estableciendo a sí mismo como gestores decisivos de la explotación y comercialización con el fin de habilitar al Estado para ambiciosos proyectos de infraestructura, de formación y de redistribución del

patrimonio en general. Con la caída de los precios a partir de 2013, no solo la mayoría de estos proyectos fracasó, sino más de uno de estos gobiernos se convirtieron en regímenes particularmente autoritarios que, con fuerza armada, abatieron la exigencia de participación del pueblo. Esos desarrollos recientes, para el autor, no hacen sino corroborar su tesis principal según la que, mientras la estructura propia de la economía rentista no sea superada y trascendida, los gobiernos continúan siendo restringidos a repartir la renta extractivista. Al no alcanzar a cambiar la modalidad básica de la economía rentista, no tocarán la estructura desigual de riqueza y poder. Si bien, en épocas del auge de precios y de la demanda de materias primas abastecida de poder adquisitivo, el valor a repartir crece, los gobiernos suelen lograr no más que asignar porciones mayores a todos los grupos que exigen “su” parte de la renta. Este fenómeno, muy bien demostrado sobre cada uno de los casos investigados, Peters lo llama “el efecto ascensor”: todos suben. No subestima las correspondientes mitigaciones de la pobreza, pero la pirámide social se volvió más puntaaguda y sigue siendo habitada en sus diversos sitios por los mismos sectores de la sociedad rentista.

Ahora, ¿en qué, según el autor, consiste la dinámica de la modalidad rentista? La renta supone un ingreso sin inversión, ni innovación por parte del beneficiario. Traducido esto al mundo capitalista significa que el principal motor de aumentar el beneficio ya no consiste en impulsar la productividad y así superar al contrincante, sino en ocupar, conservar y defender una posición que se caracteriza por sus favorables e irremplazables vínculos con el Estado. La falta del incentivo de incrementar la productividad y de buscar nuevas áreas de inversión para allí aplicar este mismo modelo de aceleración productiva, es para Peters la carencia clave de las economías rentista que las sitúa en posiciones desaventajadas a nivel global y también, p. ej. frente a los denominados Estados Tigres, en el hemisferio sur. El autor despliega toda su presentación del Estado Rentista a partir de este mecanismo de generar riqueza e ilustra cómo de ahí penetran determinados esquemas de valores y reclamos a toda la sociedad. El sistema binario de maldición o bendición bajo el rótulo de la “enfermedad holandesa”, que los países ricos en materias primas contraerían, le parece sobre todo un impedimento para adecuar la teoría y dotarla de las herramientas analíticas idóneas. Dicho sistema ha inhibido, afirma, el desarrollo de una teoría de la especificidad de las sociedades rentista. La cuota de los ingresos a partir de las materias primas en el PIB y en las exportaciones alcanza un nivel abrumador, lo que conduce a una vasta negligencia de todos los demás sectores económicos. Destaca el cotejo de datos estadísticos de países extractivistas en general, y particularmente de los latinoamericanos entre ellos, que todos, por más que unos gobiernos se esforzarán en cambiar el rumbo, confirman la tendencia hacia más concentración en lugar de diversificación, hacia la baja de la gama de productos nacionales y, particularmente, de productos de exportación y, por ende, hacia mayor dependencia de las materias primas. Esta dependencia

produce un círculo vicioso basado en una fatal alianza entre el Estado y casi todos los sectores de la sociedad. Al dirigir la participación de la renta según modalidades variadas y acorde con la tradicional jerarquía social, bien sean subsidios, contrataciones o la exigua tributación, el Estado vincula a los grupos sociales y cobra un peculiar poder. La inferior tributación y la sobrevaloración de la moneda nacional tienen una larga historia en Latinoamérica y –como eficaces herramientas vinculantes– para Peters merecen unos análisis pormenorizados. La sobrevaloración favorece la importación, particularmente de productos de lujo, y el turismo de alto nivel, a la vez que dificulta aún más la exportación de productos con valor agregado, mientras que la baja tributación a su vez –sólo en 1994, Venezuela estrenó el IVA con un importe de 12.5%– remite el Estado a un gravamen mayor de los beneficios de las materias primas como su única fuente de entradas. Si lo hay, el provecho nacional se limita al comercio y a los servicios, mientras que la integración de la producción nacional, que en América Latina siempre ha sido precaria, viene arruinándose. El sistema favorece el clientelismo en el sector de las materias primas, especialmente en la petrolífera, y el nepotismo, la corrupción así como la falta de transparencia en el Estado que asigna y reparte los beneficios derivados de la renta y las licencias de importaciones y de otras actividades lucrativas. Se produce una “clase estatal”, la “boliburguesía”, como con sarcasmo se la bautizó en Venezuela, es decir, un exuberante sector de funcionarios que viene acompañado por el simultáneo deterioro de las instituciones públicas. A su vez, el tupido entrelazado, que es esta alianza del reparto, fomenta la asombrosa estabilidad de los Estados rentista. Para muchos y durante largos períodos, el cambio del patrón económico no supone mejoras. Las inversiones en nuevas áreas siempre son proclives al riesgo y los movimientos sociales a menudo siguen las bien promulgadas expectativas de aumentar la participación en la renta antes de que una revolución política pueda poner en peligro el sistema de subsidios de muy ramificada índole.

Si bien la promesa de mayor consumo allana especialmente la entrada de las ilusiones de perfección occidental y ejerce una adherencia al sistema entre sectores de diversos estratos de la sociedad, los fuertes y a menudo violentos conflictos entre y dentro de los Estados Rentista no quedan desapercibidos en el presente estudio. Los conflictos inherentes a la economía extractivista giran por las materias primas, bien por el acceso a las mismas, bien por la resistencia contra las consecuencias socio-ecológicas de su extracción. Guerras entre Estados o guerras secesionistas, como muestra el caso de Angola p. ej., caracterizan las contiendas por el acceso y la apropiación de las materias primas. La profunda devastación de las regiones de la extracción, particularmente de explotaciones petrolíferas, mineras y agrícolas a gran escala, que implica la deforestación, la deshidratación, el agotamiento y la desertificación de los suelos, en suma, el consumo del capital natural y el gravamen del futuro con esta inmensa hipoteca, va acompañada por la destrucción de las costumbres y los derechos de la población local, de la profanación de espacios espirituales

hasta su recolonización y destierro. Mientras que en muchos de estos lugares se desmoronan las tradicionales estructuras de cohesión social, se producen los característicos negocios de las bonanzas temporales. Históricos conflictos nunca resueltos entre comunidades indígenas y gobiernos centrales se ven yuxtapuestos y recrudecidos por esta nueva arista de intereses diferentes que, como Peters señala, no siempre son diametralmente opuestos, oscilando las posiciones de protesta entre el rechazo total de cualquier explotación hasta el reclamo de propiedad de terrenos incluyendo los correspondientes derechos beneficiarios.

Venezuela reúne todas las características para calificarla de un Estado petrolífero paradigmático. Como gran conocedor de su historia, el autor logra, mediante su sucinta presentación desde la detección de los yacimientos a finales del siglo decimonónico hasta el fracaso del proyecto chavista, desplegar los criterios de su comparación interregional del extractivismo a partir del pormenorizado análisis del caso venezolano. La lógica de la economía rentista asigna al Estado el poderoso papel del distribuidor de los ingresos a partir de las materias primas. Ninguno de los cambiantes gobiernos venezolanos logró la transición a la redistribución de la riqueza misma. Al no haber podido utilizar la renta en favor de reducción de la dependencia del petróleo, y por extensión de las demás materias primas, el Estado queda atado al papel de afianzar la estructura económica y sociocultural rentista. Es un mérito especial de la presente obra señalar con base en minuciosos análisis, que bajo condiciones desfavorables globales es el modelo rentista lo que es responsable de la implosión económica que actualmente vive Venezuela y del que ni el gobierno poschavista ni la oposición presentan alternativas. El “socialismo del siglo XXI” extendió la cobertura de la distribución de la renta, pero no implementó criterios de eficiencia o de amortización. La ininterrumpida historia extractivista de Venezuela reclama sus víctimas; el casi muerto ecosistema del Lago Maracaibo es uno de sus tempranos testigos. Stefan Peters dedica un temerario aparte a la descripción de los sucesos en torno de extracciones empezadas bajo la sigla “Arco Minero” en la Orinoquía. Mientras los vínculos con el Estado siguen siendo las palancas para el enriquecimiento, los privilegiados y formados sectores tradicionales de la sociedad serán quienes que más aprovechen.

Antes de sustentar la selección de los tres países para la comparación interregional, se señala que el mecanismo asfixiante para un desarrollo socioeconómico diversificado, propio de las economías rentista, no se limita a los Estados ricos en materias primas sino que surte su efecto inhibitorio con consecuencias particularmente dañinas cuando la materia prima prevaleciente es de cantidad pobre o viene agotándose. En cambio, Kuwait, Angola y Ecuador tienen como tertium comparisonis su riqueza del crudo a la vez que ostentan diferentes desarrollos. En Kuwait, los excluidos de los beneficios de la renta son los obreros migrantes que suman dos tercios de los

cuatro millones de habitantes. Angola, a su vez, vivía desde 1975 hasta 2002 una sangrienta guerra civil. El caso más similar es el Ecuador, y las más convincentes conclusiones deducidas de la parte comparatista se refieren al subcontinente americano. A las amplias exposiciones de Venezuela y del Ecuador precede un capítulo dedicado al (neo-)extractivismo en Latinoamérica, que lo presenta como paradigma de una economía dependiente y periférica desde la conquista. Peters refiere qué tan inútiles resultaron los esfuerzos visionarios e innovadores del Ecuador que propuso renunciar a la explotación a cambio de una indemnización por la comunidad mundial. Semejantes esfuerzos no encajan en el orden del mercado global, y los gobiernos que promuevan propuestas alternativas del extractivismo no consiguen ni sostén nacional ni apoyo global. Las internacionales instituciones financieras fomentan los megaproyectos extractivistas. Como conclusión se constata, que ninguno de las variantes de un neoextractivismo desarrollador de la primera década del siglo XXI logró salir del círculo vicioso de la economía rentista.

El autor no se cansa de criticar la clásica dicotomía de maldición o bendición en la que considera restringidas las líneas de investigación de los Estados Rentista. Afirma que esta dicotomía proviene de un punto de vista eurocentrista, que evalúa según patrones ajenos de la realidad de los Estados del sur global. Sin embargo, en base de la gran diversidad y validez de los datos aunados, él mismo llega a un resumen de consecuencias poco alentadoras y similares a los posiciones criticadas al constatar que, respecto de cada uno de los países escogidos para su estudio, aplica el diagnóstico de la enfermedad holandesa en lo que se refiere a la falta de la diversificación de la economía nacional, de la promoción de innovación y desarrollo y de la democratización de la sociedad. Al destacar que la lógica estructural de la economía rentista sigue operando independientemente del régimen estatal de turno, Peters le brinda un corte más objetivo, más materialista al enfoque del análisis evitando así valoraciones subjetivas. Su trabajo que resume y marca una etapa de la investigación en la economía rentista postula afinar las herramientas analíticas de la “cultura rentista”. Las líneas futuras de investigación en la economía rentista tienen que aclarar aún más la diferencia específica más allá de la contradicción entre fuerza laboral y capital, haciendo hincapié en las proyecciones y en las opciones a partir de los conflictos por un alternativo y sustentado provecho de las materias primas. Además, se postula hacer más nítidos los criterios de investigación, extendiendo los estudios empíricos a Estados Rentista más desarrollados como México, Canadá, Rusia e incluso Noruega. Las partes empíricas sobre los países seleccionados por Stefan Peters ofrecen una gran actualidad puesto que comprenden los sucesos hasta el año 2018. Puede que a esto se le debe la lamentable falta de lectorado ortográfico y morfológico que la editorial, en todo caso, debe implementar en una segunda edición de esta meritoria obra.